

Los hombres que en 1839 inauguraban la Normal Central son los legítimos continuadores de los Voitel, de los Anduxar y de los Amorós y el entusiasmo de los pestalozzianos, idéntico al de aquellos discípulos de Montesino que tuvieron la dicha de convertir en realidad una parte de sus fervorosos ideales en pro de la cultura primaria.

V I D A Y O B R A D E P E S T A L O Z Z I

UN BOSQUEJO*

POR LORENZO LUZURIAGA

Inspector de primera enseñanza.

INFANCIA.—Como ya lo indica su nombre, la familia de Pestalozzi era de origen italiano, procedente, al parecer, del lago de Como, primero, y de Chiavenna, en la Lombardia, después. De aquí fué, en el siglo xvi, a Zurich un Antonio Pestalozzi, fundador de una extensa estirpe que aun goza allí de gran consideración social.

Los antecesores inmediatos de Pestalozzi pertenecen a una rama más modesta de esta familia. Su abuelo, Andrés Pestalozzi, fué pastor protestante en Hönng, cerca de Zurich. El padre, Juan Bautista, nacido en 1718, vivía en esta ciudad ejerciendo su profesión de médico cirujano, y especialmente de oculista. Casado con Susana Hotz, hija también de un médico, tuvo tres hijos: Bautista, nacido en 1745; Juan Enrique, en 12 de enero de 1746, y una niña, Bárbara, cinco años después.

En 1751, y por tanto a los treinta y tres años, murió el padre de Pestalozzi, dejando a nuestro Juan Enrique, a los cinco años de edad, al cuidado de su madre y al de una fiel sirvienta, Bárbara Schmid, llamada en la familia «Babeli».

La primera influencia educativa de Pestalozzi fué, pues, de carácter puramente maternal y femenino. De su madre sabemos que era una señora entrañable, piadosa, entregada enteramente a su hogar y a sus hijos, que sufrió mucho por las estrecheces económicas que padeció al quedar viuda. Bárbara Schmid ha pasado a la historia como modelo de mujer fiel, abnegada, de gran inteligencia natural.

Este ambiente doméstico fué, sin duda, la causa de ciertos rasgos del carácter de Pestalozzi: sensibilidad extremada, intensa afectividad, gran vida interior, falta de talento práctico, de experiencia de la vida, aunque no por eso dejara de desarrollarse en él el espíritu heroico, tenaz que demostró toda su vida. Más bien a esta estructura genial de su

* En la tarea casi imposible de encerrar la figura gloriosa del maestro en el reducido marco de un artículo, hemos tenido que limitarnos a trazar sólo un bosquejo de sus ochenta años de vida ejemplar.

espíritu que a las influencias de su ambiente doméstico habrá que asignar los defectos que los temperamentos de «ayuda de cámara» se han complacido en ver en él.

Poco sabemos de sus primeros años como escolar. Parece que asistió primero a una escuela primaria. En sus recuerdos se pinta él mismo como un mal alumno. Pero la realidad parece ser que sólo lo era así en las materias que no le interesaban, como la ortografía y las matemáticas. En cambio, avanzaba rápidamente en todo lo que le interesaba. Hay que tener también en cuenta el estado de las escuelas de su tiempo, que él precisamente trató de reformar después. Él mismo dice en su *Canto del Cisne*: «Aunque fui uno de los mejores alumnos, cometí, con inconcebible descuido, faltas que no podía realizar el peor de todos... En tanto que concebía vivaz y justamente la esencia de las materias de enseñanza, permanecía indiferente e inatento respecto a las formas en que éstas se presentaban.»

JUVENTUD.—En 1754 comenzó su segunda enseñanza en la «escuela de latín» de su ciudad, y en ella permaneció hasta 1761, es decir, durante siete años. Entonces ingresó en el *Collegium humanitates*, donde estudió de 1761 a 1763, y después, hasta 1765, en el *Collegium Carolinum*, también en su ciudad natal. Estos estudios constituyeron, por decirlo así, su educación superior, pues tenían, el último sobre todo, carácter universitario. En él estudió Pestalozzi, los dos primeros cursos, filología y filosofía, y lo abandonó antes de empezar el tercero, reservado a la teología. Pestalozzi, pues, recibió, contra lo que se ha dicho, una educación esmerada, la superior que se daba en su tiempo; la prueba es que llegó a traducir del griego y a publicar uno de los discursos de Demóstenes. La leyenda de su incultura, que él mismo fomentó en frecuentes declaraciones, es por completo infundada.

En este estadio de su educación ejerció sobre Pestalozzi especial influencia un profesor, Bodmer, de gran espíritu democrático y social. Bajo su inspiración, un grupo de jóvenes zuriqueses—y entre ellos Pestalozzi, Lavater, Füssli, Bluntschli, etc.—formaron una sociedad patriótica, de amplio espíritu liberal, la *Helvetische Gessellschaft zur Gerwe*, en la que se reunían semanalmente para leer y discutir temas de historia, de política, de moral y de educación; pero que fué disuelta en 1767 por las autoridades locales. Pestalozzi y otros amigos fueron condenados a tres días de arresto; pero al demostrarse su inocencia de la falta que se les achacaba, se les puso en libertad.

De esta época datan los primeros trabajos escritos que Pestalozzi publicó, bajo el título de «Deseos» (*Wünsche*), en forma de aforismos y que aparecieron en una revista—«El memorial» (*Der Erinnerung*)—publicada por aquellos jóvenes patriotas. Poco después, en 1776, publicó también, en un periódico de Lindau, la traducción del discurso de Demóstenes antes citada, la tercera *Olintiana*, y un trabajo—*Agis*, «Age-silao»—, significativos ambos por su tendencia liberal y revolucionaria, suscitada, en gran parte, por la lectura del *Emilio* y de *El contrato so-*

cial, de Rousseau, que acababan de publicarse y que tanta repercusión encontraron en todo el mundo.

CASAMIENTO.—La vida de Pestalozzi toma entonces un nuevo giro. Influidó por las ideas roussonianas pensó dedicarse a la política y al ejercicio del derecho, después de haber renunciado a la teología; pero influido por su amigo Bluntschli resolvió entregarse, siempre con ideas reformadoras, humanitarias, a la agricultura. No dejó de influir también en esta resolución el propósito de crearse una situación económica con que poder aspirar a la mano de una muchacha de la burguesía de Zurich, Ana Schulthess, hermana de su íntimo amigo Gaspar, y de quien se había enamorado.

La elevada situación económica de la familia Schulthess, la belleza y la distinción social de Ana la distanciaban bastante de la humilde situación de Pestalozzi, y los padres, no obstante el amor de los jóvenes, se opusieron enérgicamente a las relaciones de éstos.

Decidido Pestalozzi a entregarse a la agricultura, fué a hacer su aprendizaje agrícola a la finca de un rico ingeniero agrónomo bernés, Rodolfo Tschiffeli, en Kirchberg, cerca de Burgdorf, donde pasó unos meses (setiembre 1767 a mayo 1768) dedicado a los trabajos del campo.

Necesitando recursos para la adquisición de los terrenos en que poder aplicar sus aficiones volvió Pestalozzi a Zurich, donde logró encontrar confianza para su empresa en algunos familiares y amigos, quienes reunieron los fondos necesarios para comprar unas tierras incultas en Birr, cerca de Brugg, en lo que fué después cantón de Argovia, y comenzó a cultivarlos. Al poco y tras enérgicas luchas con la familia de Ana, sobre todo con su madre, lograron casarse los novios en 1769, en Gebisdorf, cerca de Mülingen, estableciéndose en 1771 en su casa a medio construir, «Neuhof» (Granja nueva).

Las circunstancias en que se hizo la adquisición de los terrenos: extensión excesiva, apelación al crédito, mala disposición de la familia de Ana, unidas a la excesiva confianza de Pestalozzi y a sus deficiencias prácticas, fueron causa de que la empresa agrícola no saliera adelante.

Entre tanto, en 1770, nació su hijo Juan Jacobo (¡recuérdese a Rousseau!), y en medio de sus preocupaciones y aplanamiento tuvo Pestalozzi tiempo y solaz para consagrarse a la educación y observación de su hijo. Fruto de este trabajo fué su valioso *Diario*, publicado en el *Schweizerblatt* en 1782, y en el que se percibe claramente la influencia roussoniana.

NEUHOF.—El fracaso económico de su empresa agrícola, que tanto afectó a Pestalozzi, fué, sin embargo, una fortuna para nuestra vida escolar y pedagógica. Pues entonces surgió en aquél la idea de transformar su propiedad en un establecimiento para la educación de niños pobres.

Los niños debían, sobre todo, aprender en él a trabajar; mediante el trabajo de todos en hilado y tejido, combinado con las labores en el campo, debía sostenerse el establecimiento una vez puesto en marcha. A la vez los niños gozarían la dicha de una afectuosa vida familiar.

Pestalozzi encontró un ambiente favorable para sus ideas, sobre todo por parte de la «Sociedad helvética», y pudo abrir su escuela-granja en 1774. Desde el primer momento ésta requirió de él un esfuerzo extraordinario, pues a más de la educación de más de 50 niños tenía que atender a sus trabajos prácticos, a su alimentación, a la administración, etc. Esto no obstante se entregó con toda su alma a la obra y pudo sostenerla durante seis años. Para ello tuvo que acudir al auxilio público con su conocido documento «Un ruego a los amigos de los hombres» (1775), al cual respondieron bastantes subsidios para el establecimiento, que había consumido ya gran parte de la fortuna del matrimonio.

Varios trabajos pequeños publicados en las *Efemérides de la humanidad*, de Iselin, en 1777 y 1778, informan sobre el plan perseguido y aplicado por Pestalozzi en Neuhof. Como se ha dicho, las características de este establecimiento son: 1.^a, atender a la vida completa del niño en un ambiente familiar, alimentándole y educándole; 2.^a, introducir el principio del trabajo en la educación, no como cosa aparte de ella, sino simultaneándolo con ésta.

La extensión excesiva de esta empresa, junto con la falta de auxiliares eficaces y de apoyo de las autoridades, hicieron cada vez más difícil la vida de «Neuhof», hasta que en 1780 tuvo que cerrar el establecimiento después de haber sacrificado en él su pequeña fortuna y sus grandes fuerzas.

De este ensayo dice Pestalozzi, veinticinco años más tarde, en *Cómo Gertrudis*: «Años enteros viví juntamente con más de cincuenta niños pobres; yo mismo viví como un mendigo para enseñar a los mendigos a vivir como hombres. El ideal de la educación comprendía la agricultura, la industria y el comercio. En el conjunto y en lo esencial de estas tres materias tenía yo un tacto firme y elevado, y hoy mismo no veo ningún error en sus fundamentos. Pero es cierto también que me faltaba en ellas destreza para los detalles y un espíritu que se ajustase firmemente a sus minuciosidades; no era tampoco lo bastante rico, y estaba muy desamparado, para suplir con un personal suficiente lo que a mí me faltaba.»

Del fracaso únicamente pudo salvar la casa y el jardín que la rodeaba. Entonces empezó para él una época de grandes privaciones y hasta de miseria, de la que pudo salir gracias al auxilio de una joven sirvienta, Elisabeth Näff, la «Lisabeth» idealizada en *Leonardo y Gertrudis*, que puso en orden la casa, y de un amigo de Basilea, Félix Battier, que le ayudó en el arreglo de su situación económica. Gracias a esto se normalizó su vida y pudo durante dieciocho años, de 1780 a 1798, dedicarse a los trabajos pedagógicos literarios que se mencionan a continuación.

ACTIVIDAD LITERARIA.—La relativa paz de este período permitió a Pestalozzi reflexionar sobre sus experiencias pedagógicas y proyectarlas al exterior en forma literaria. De esta época son algunas de sus obras más importantes.

La primera en esta serie es *La velada de un ermitaño*, publicada en 1780, en las *Efemérides*, de Iselin. En ella expone, a modo de monólogo, una serie de profundos aforismos sobre el ser y destino del hombre y las leyes esenciales de su educación. Éstas son para todos las mismas, y han de aplicarse a todas las manifestaciones espirituales del hombre. La educación humana es un desarrollo de dentro a fuera; pero se realiza en una situación, en unas circunstancias dadas, que han de ser tenidas en cuenta y aun aprovechadas para favorecer ese autodesarrollo. Esas circunstancias externas, que, en último término, son también obra del hombre, constituyen las formas de la sociedad humana, y pueden reducirse a la casa, al Estado y a la humanidad, que son los también grados de la pedagogía social.

La segunda obra de este período es de mayor trascendencia: la novela popular *Leonardo y Gertrudis*, que se publicó, en 1781, primero en forma de libro pequeño, pero que después fué proseguida por otras partes, la segunda de las cuales se publicó en 1783; la tercera, en 1785, y la cuarta, en 1787. Aun se publicó más tarde, en 1790 a 1792, una segunda elaboración o edición de la novela. Como se sabe, en ésta se pinta la vida del pueblo trabajador más humilde y se indican los medios para sacarle de su miserable situación. Desde el punto de vista pedagógico, la parte más interesante es la tercera, que, desgraciadamente, no ha sido traducida al castellano. En ella se exponen los remedios para mejorar la situación del pueblo, entre los que aparece la educación, principalmente de carácter profesional, como uno de los más importantes, junto a las demás mejoras económicas, políticas y sociales.

El mismo carácter de novela popular tiene la obra *Cristóbal y Elsa*, que Pestalozzi publicó en 1782 y que no encontró tanto éxito como la anterior.

La revolución francesa había producido un gran efecto en Pestalozzi, como en los demás grandes hombres de su tiempo—Kant, Herder, etc.—; de ello sea muestra su trabajo *Si o no* y su *Carta a Fallenberg* y una serie de interesantes artículos publicados en la revista *Ein Schweizerblatt* (Una Hoja suiza), editada en 1782 por él. Como es sabido, la revolución nombró a Pestalozzi—con Schiller, Wáshington, Klopstock, etc.—ciudadano francés, y nunca dejó aquél de ser fiel a sus convicciones democráticas y republicanas.

De gran importancia, por su carácter filosófico y social, es el libro, impreso en 1797, *Mis investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo de la especie humana*, del que dijo Herder que representaba «el nacimiento del genio filosófico alemán».

También hay que contar entre los trabajos de este período sus *Figuras para mi abecedario* (1797), llamadas después *Fábulas* por él, que son sátiras políticas en forma de parábolas.

Desde 1798, en que se proclamó la «República Helvética», una e indivisible, colaboró con sus amigos Stapfer y Lavater en el periódico popular *Helvetisches Volksblatt*, y publicó diversos trabajos de carác-

ter político y social, como la memoria sobre los «diezmos», cuya desaparición pedía.

STANZ.—Las circunstancias políticas pusieron nuevamente a prueba el entusiasmo pedagógico de Pestalozzi. A consecuencia de la guerra habían quedado en Stanz más de cuatrocientos niños huérfanos. El gobierno decidió crear un asilo para ellos; Pestalozzi se ofreció para cuidar de estos niños, y en 1799 pudo abrirse el establecimiento. Al poco tiempo, el número de los niños acogidos creció de un modo extraordinario, y con ellos trabajó y a ellos les asistió, de un modo realmente heroico, Pestalozzi durante seis meses. De ello habla en su *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*: «Estaba solo, desprovisto en absoluto de todo medio auxiliar de educación; en una casa a medio construir; en medio de la ignorancia, de las enfermedades y de toda clase de cosas nuevas para mí. Yo solo era director, administrador, mozo de servicio y casi criado. Poco a poco, ascendió a ochenta el número de alumnos, todos de distinta edad; unos, llenos de pretensiones; otros, procedentes de la mendicidad pública; todos, exceptuando algunos, en la mayor ignorancia. ¡Qué problema educar a estos niños!»

La vida en Stanz la ha descrito Pestalozzi en su *Carta a un amigo sobre su estancia en Stanz*. Vivía todo el día con los niños: comía y hasta dormía con ellos. Las actividades manuales alternaban con las intelectuales. El tono moral de su establecimiento alcanzó una gran altura. Como siempre, las dificultades fueron de carácter material, económico, hasta que la guerra puso término a todo, convirtiendo el asilo en hospital militar.

Sin embargo, la experiencia de Stanz fué de gran valor pedagógico, pues ella sugirió a Pestalozzi una de sus ideas más importantes: la idea de la «educación elemental», expuesta en la carta antes indicada.

BURGDORF.—El esfuerzo heroico de Stanz agotó la salud de Pestalozzi, y para reponerse aceptó la hospitalidad de su amigo Zehender, en el Gurnigel, en las montañas bernesas, donde pasó algunas semanas. Pero su afán de trabajo no le permitió permanecer mucho tiempo inactivo, y solicitó y obtuvo autorización para aplicar sus métodos en una escuela elemental de Burgdorf. Allí pasó un año (de 1879 a 1800) en la escuela de los niños más pobres, y después—unos meses—en otra de niños de familia burguesa, hasta que, a fines de 1800, abrió su escuela en el castillo de Burgdorf.

Lo que fué su gestión en las escuelas elementales lo dice en su *Cómo Gertrudis* (págs. 20 y siguientes); principalmente, consistió en trabajos metodológicos sobre la lectura y la escritura y el cálculo:

«De la mañana a la noche, repetía constantemente mi A B C, y proseguí sin plan la marcha empírica que hube de interrumpir en Stanz. Componía, incansable, series de sílabas; con ellas, y con números, escribía libros enteros y trataba, por todos los medios, de reducir los principios del deletreo y del cálculo a la mayor sencillez y a formas que, con el arte psicológico más delicado, deben llevar lenta-

mente al niño del primer paso al segundo; después, rápida y firmemente, al tercero y al cuarto, aunque sin vacíos y sobre la base del segundo perfectamente percibido. Pero ahora, en vez de las letras que en Stanz hacía escribir con tiza a los niños, hice que dibujaran ángulos, cuadrados, líneas y arcos.» Aunque esta labor fuera importante, su misión más trascendental la realizó en el castillo de Burgdorf.

Antes (en junio de 1800), y a petición de una «sociedad de amigos de la educación», fundada por Stapfer para apoyar a Pestalozzi, había escrito una memoria breve, pero de gran significación pedagógica, con el título *El método*, en la que expone un bosquejo de las ideas esenciales que desarrollará después en el *Cómo Gertrudis*.

En aquella época también había obtenido la colaboración de tres de sus más esenciales auxiliares: Krüssi, Tobler y Buss, con los que abrió el instituto de Iverdon, al cual empezaron a afluir alumnos de pago, de la mejor sociedad de Suiza, y también alumnos pobres. El instituto estuvo abierto hasta 1804. Durante su existencia fué visitado por personalidades de toda Europa, y recibió las felicitaciones de todos los que lo vieron.

En 1800 también, recibe Pestalozzi la visita de Herbart, joven a la sazón, quien en su trabajo de crítica sobre el *Cómo Gertrudis*, el primero que publicó, dice de la escuela de Burgdorf: «Una viva actividad se proseguía uniformemente hasta el fin. Yo oía el ruido del hablar simultáneo de toda la escuela. No; no el ruido: era un acorde de palabras, sumamente perceptible, como un coro acompasado, y tan vigoroso como un coro, tan firmemente trabado, tan precisamente unido a lo que se aprendía, que casi tuve que esforzarme en no convertirme, de espectador y observador, en uno de los niños que aprendían... La atención general y sostenida no era un enigma: cada niño tenía ocupadas, a la vez, su boca y sus manos; ninguno estaba reducido a la inactividad y al silencio; no existía tampoco la necesidad de descanso: la vivacidad natural no exige ningún rodeo, como la corriente del aprender simultáneo tampoco lo permite.»

De esta época data una de las obras esenciales de Pestalozzi: el *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, publicado en 1801, y los tres llamados «libros elementales» (*Libro de las madres*, etc.), de 1801 a 1804. También durante este tiempo (1803) realizó Pestalozzi su viaje a París, como diputado del cantón de Zurich, en el que no obtuvo el éxito que esperaba.

Los días de Burgdorf fueron sin duda los más felices de la vida de Pestalozzi; pero otra vez las variaciones de la política, al ser sustituido el gobierno central, que apoyaba a Pestalozzi, por la constitución cantonal, fueron la causa de que tuviera que abandonar, ordenado por el cantón de Berna, el castillo de Burgdorf en la primavera de 1804. Entonces puso aquél a disposición de Pestalozzi, y por el plazo de un año, el castillo de Münchenbuchsee que, en realidad, no interesó nunca mucho a Pestalozzi y más bien fué dirigido por Fallenberg.

Entre los trabajos escritos que hay que citar de este último período,

aunque publicados después, están: una nueva elaboración de *Cómo Gertrudis*, que no llegó a terminarse y que apareció en 1807; *Una ojeada sobre mis fines y experiencias educativas*, y otros fragmentos interesantes publicados en el *Journal für Erziehung*.

IVERDON.—La noticia de que Pestalozzi tenía que abandonar Burgdorf provocó en varias ciudades suizas ofrecimientos de edificios para un nuevo instituto, y entre ellas la de Iverdon (Iferten), que fué la elegida por Pestalozzi, y donde se estableció éste en 1805. Allí pasó veinte años, acaso los más gloriosos de su vida. El número de alumnos rebasó bien pronto la cifra de Burgdorf, viniendo a él de toda Europa y América. Asimismo acudieron a visitarle personalidades extranjeras eminentes, entre las cuales Froebel, Karl Ritter, el fundador de la geografía moderna; Mme. de Sael, etc. Entonces fué cuando Fichte publicó sus *Discursos a la nación alemana*, en los que ensalzaba la obra de Pestalozzi, y cuando los célebres hombres de Estado alemanes von Stein y Guillermo de Humboldt recomendaron la adopción de sus métodos.

Conjuntamente con su actividad escolar Pestalozzi proseguía sus trabajos escritos; de éstos el más importante es su discurso de 1809 «Sobre la idea de la educación elemental».

Uno de los antiguos alumnos de Iverdon, L. Vulliemin, hace un excelente relato de la vida libre y animada de esa pequeña república de muchachos, en la que participaban los maestros, y expone la imborrable impresión que «Padre Pestalozzi» hacía en ellos: «Le amábamos todos—dice—porque nos amaba a todos. Le amábamos tan cordialmente, que cuando no le veíamos en algún tiempo estábamos tristes, y cuando volvía a aparecer, no podíamos separar los ojos de él.» Véase también lo que dice sobre la enseñanza: «Los primeros elementos de la geografía se nos enseñaban al aire libre; hacíamos primero una excursión a un valle cerrado en las proximidades de Iverdon, por el cual corre el Bûron. Se nos hacía contemplarle en su totalidad y en sus pormenores hasta que teníamos de él una intuición exacta y plena. Después se nos invitaba a proveernos de arcilla que había en una de las vertientes del valle y con la que llenábamos grandes paquetes de papel que habíamos llevado para ese fin. A la vuelta al castillo nos distribuíamos en largas mesas y cada uno tenía que reproducir en relieve con su arcilla la parte a él asignada del valle que acabábamos de estudiar. Los días siguientes nuevas excursiones, nuevas investigaciones desde puntos de vista cada vez más elevados, y una extensión cada vez mayor de nuestro trabajo. Así proseguimos hasta que fué estudiada toda la cuenca de Iverdon... Después, sólo después, pasamos del relieve al mapa que podíamos ahora interpretar muy bien.» ¿No parecen escritas estas palabras en 1927?

No vamos a entrar en los pormenores de la vida de Iverdon, que ya se hace en otro lugar, ni a exponer los conflictos y dificultades entre los colaboradores, sobre todo entre Niederer y Schmid, que surgieron en la larga vida del instituto, y que acabaron con esto.

Baste decir que en medio de su gloria no olvidaba la educación de los niños abandonados y que con este fin quiso crear otra escuela para ellos, dedicando a ésta el producto íntegro de la publicación de sus obras completas por el editor Cotta. Aunque aquél no fué muy grande, la escuela se abrió en Clindy, cerca de Iverdon, en 1818; pero al año tuvo que reunirse ésta a ese instituto, hasta que en 1825 necesitó cerrar éste con todo el dolor de su alma por las discordias y defecciones de sus colaboradores que no hay por qué resucitar aquí.

Pestalozzi tenía entonces—no hay que olvidarlo—cerca de ochenta años. Herido de muerte por esa clausura, se retiró a Neuhof, donde aun tuvo tiempo de escribir su última obra *El canto del cisne* (1826), seguida de otra, que era su segunda parte y que no fué aceptada por el editor de la anterior: «El destino de mi vida como jefe de mis institutos de educación en Burgdorf e Iverdon.»

Aun en estos últimos días recibió Pestalozzi honores como el de ser nombrado presidente de la Sociedad Helvética, y ataques innobles como los de Niederer, su antiguo colaborador.

LA MUERTE.—Su estado de ánimo no se empequeñeció por eso. Sus últimas palabras, en su testamento, fueron: «Puedan mis cenizas reducir al silencio el apasionamiento ilimitado de mis enemigos, y mis últimas palabras moverles a hacer lo que es justo, y con calma, dignidad y decencia, como conviene a los hombres. Pueda la paz a que me dirijo llevar también a ella a mis enemigos. En todo caso yo los perdono; bendigo a mis amigos y espero que se acordarán con amor del ya acabado y proseguirán con sus mejores fuerzas, después de mi muerte, los fines de mi vida.»

El 17 de febrero de 1827, a las siete de la tarde, murió en Brugg, a donde había sido trasladado para su tratamiento médico el educador más grande de la historia. El 19 de febrero fué enterrado, conforme a sus deseos, en el cementerio de Birr. En su tumba creció durante años un magnífico rosal plantado por los suyos. En 1746 fueron trasladadas sus cenizas, con motivo del centenario de su nacimiento, a otra tumba en la nueva escuela de Birr, y en ella se colocó la conocida inscripción que termina así:

*Salvador de los pobres en Neuhof,
predicador del pueblo
en Leonardo y Gertrudis,
en Stanz, padre de los huérfanos,
en Burgdorf y Münchenbuchsee
fundador de la escuela popular,
en Iverdon educador
de la humanidad.
Hombre, cristiano, ciudadano,
todo para los demás,
para sí, nada.
Benedicid su nombre.*